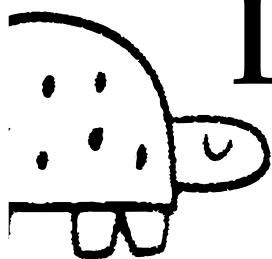






Juande Ibáñez



Las tortugas no vuelan

Platero
COOLBOOKS 

Título: Las tortugas no vuelan

Primera edición: febrero, 2026

© 2026, del texto Juande Ibáñez.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Rober Mateo (@r_ober_mateo) y Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 853-2026

ISBN: 979-13-87720-85-8

A los diferentes.



Índice

PRÓLOGO	11
CAPÍTULO 1	13
I.....	15
II	17
III.....	21
IV.....	23
CAPÍTULO 2.....	27
I.....	29
CAPÍTULO 3.....	43
I.....	45
II	49
III.....	55
CAPÍTULO 4.....	59
I.....	61
II	65
III.....	71
CAPÍTULO 5.....	77
I.....	79
II	83
III.....	89
CAPÍTULO 6.....	95
I.....	97
II	101

III.....	105
CAPÍTULO 7.....	111
I.....	113
II	119
III.....	121
CAPÍTULO 8.....	127
I.....	129
II	135
III.....	139
CAPÍTULO 9.....	145
I.....	147
II	151
III.....	157
CAPÍTULO 10.....	163
I.....	165
II	169
III.....	175
CAPÍTULO 11.....	177
I.....	179
II	183
III.....	191
CAPÍTULO 12.....	195
I.....	197
II	203
III.....	205
CAPÍTULO 13.....	211
I.....	213
II	217
III.....	223
CAPÍTULO 14.....	227
I.....	229

II	233
III.....	237
CAPÍTULO 15.....	241
I.....	243
II	249
III.....	253
CAPÍTULO 16.....	257
I.....	259
II	263
III.....	267
IV.....	271
NOTA DEL AUTOR.....	277



PRÓLOGO

Cuando Juande Ibáñez me propuso escribir el prólogo de *Las tortugas no vuelan*, guardaba un grato recuerdo de su anterior obra, *La niña de la Manoli*. Un libro que me había enganchado desde el principio, con una prosa elegante que me cautivó, como lo hizo la propia historia y la descripción de una Sevilla que yo no había conocido. Así que no lo pensé dos veces y dije que sí, conmovida por el hecho de que uno de los personajes del libro tuviera síndrome de Down. Puede parecer poco, pero es mucho. Porque no es habitual. Porque no se trata de un personaje secundario, de una mera nota a pie de página. Es un personaje principal, completo, pilar fundamental, importantísimo en la vida de su hermana, Marga, a la que más que acompañar, complementa durante toda la obra. Hasta tal punto es así, que a él están dedicadas las primeras palabras de esta obra: «Francisco Velasco Lefebvre era Down, pero en aquella época nadie lo llamaba así. ¿Cómo iban a hacerlo, si el término no se acuñaría hasta un siglo y medio después?».

Pero es que además de lo bien que está escrito, y del canto a la inclusión que supone contar con un personaje principal con ojos de almendra, la obra es tierna, con una trama rápida, cautivadora. Y así, el libro te atrapa desde el principio. Divierte y conmueve, y a mí, además, me ha hecho soñar. Soñar con un mundo en el que las personas con síndrome de Down salgan en los libros y no sean solo actores secundarios. Soñar con que tengan un hueco en la

literatura, porque eso significaría que lo tendrían, sin reservas, en la sociedad.

Como madre de una niña con síndrome de Down, sé bien la importancia de verse representada en el mundo, de reconocerse en el teatro, en el cine o en la literatura. Saber que, al abrir un libro, mi hija podrá encontrar un personaje con ojos de almendra, que integre la trama con naturalidad, que le demuestre que también forma parte de la sociedad. Porque si alguien como ella puede ser parte de esta historia, puede ser parte de cualquier historia, retando a la invisibilidad.

Este libro, por tanto, además de una narración, es una invitación. A mirar de otra manera, a escuchar con otros oídos, a reconocer la riqueza que aporta cada vida. Es una llamada a la empatía, al respeto y a la comprensión profunda de lo que significa convivir en la diferencia. Y también es un acto de esperanza, porque demuestra que la literatura puede ser ese espacio donde todos tengan cabida.

Ojalá esta historia inspire a muchos otros autores a atreverse también. A escribir con la misma sensibilidad y el mismo coraje con que se ha escrito este libro. Porque cada vez que una persona con síndrome de Down aparece en una obra como protagonista, el mundo se vuelve un poco más justo, más diverso, más humano.

Y si encima la historia te atrapa, los personajes te enamoran y el entorno te cautiva, entonces el trabajo y el esfuerzo del autor han merecido la pena. Porque el resultado, redondo, luminoso, nos recuerda que las buenas historias —las verdaderamente buenas— son aquellas que nos hacen mirar el mundo con otros ojos.

Esperanza Gómez Corona es Diputada en el Parlamento de Andalucía, profesora titular de Derecho Constitucional de la Universidad de Sevilla y madre de Livia, una niña con síndrome de Down.

CAPÍTULO 1



I

Francisco Velasco Lefebvre tenía síndrome de Down, pero en aquella época nadie lo llamaba así. ¿Cómo iban a hacerlo, si el término no se acuñaría hasta un siglo y medio después?

En aquellos años, la nomenclatura más aceptada era la de mongolismo o idiotía mongólica. Eso sí, si se hablaba con un médico. La gente de a pie utilizaba expresiones despectivas bastante más hirientes, las cuales no tengo la menor intención de reproducir aquí. Tal vez por eso su familia no se dejaba ver demasiado por el pueblo. Sobre todo, su hermana, como ya veremos, porque a él nunca dejó de gustarle la gente. De todas formas, existían otros motivos que hacían que su familia no fuese una más de aquel pueblo de Sierra Morena.

Su madre, Marguerite Lefebvre, le enseñó a adaptarse. ¿A qué? A todo. A cualquier cosa. En esta materia, ella era una experta. El incesante trajín de las circunstancias de la vida tuvo por costumbre ponerla en el brete de adaptarse o quitarse de en medio desde que ella tenía memoria. Nació en un encantador pueblecito del Rosellón francés y, con apenas un mes de existencia, fue abandonada a las puertas de la iglesia. Criada por la caridad religiosa, fue bautizada con el nombre de Marguerite. A los trece años, resultó adoptada por la solvente y respetable familia del médico apellidado Lefebvre, con la única intención de adquirir una sirvienta más que una hija. Ella se adaptó. Incluso aprendió ciertas

cosas asistiendo al doctor con algunos pacientes, los cuales casi siempre coincidían en que la muchacha tenía buenas dotes para la medicina. Pero esto no causaba orgullo en su padrastro/amo, sino envidia, y cada vez que ella recibía un elogio acababa pagándolo en casa con absurdas tareas extra. Ella se adaptó, pero odiaba que aquel hombre la despreciase como lo hacía. Lo que más le dolía de todo era que no le diera dinero por sus servicios como enfermera, como hacía con sus otros ayudantes. No tanto por el dinero, que también, sino por el hecho de querer recordarle de manera tan sucinta que ella era una esclava.

Cierto verano, un jueves, la visitó por sorpresa un hermano suyo, algo mayor que ella, que acababa de salir de la cárcel. No era hermano de sangre, sino de convento, y no se veían desde que el varón se escapara del abrigo de las monjas un año antes de la adopción de Marguerite. Tras unos entusiasmados abrazos que la levantaban del suelo mientras era incapaz de contener la risa, el hermano le presentó a un amigo del sur de España que había conocido en los calabozos y con el que había hecho buenas migas. Pretendían los dos dar un gran golpe que los haría ricos de por vida. Pero, al final, entre las celebraciones de su nueva libertad y que el español se enamoró sin remedio de Marguerite, no llegaron a concretar nada. Ella correspondió al amor del joven. Era guapísimo, pero no hablaba una sola palabra de francés, así que necesitó del hermano de ella para poder proponerle a su enamorada marcharse con él a Andalucía:

—Puede que tengamos pocas cosas, pero que las que haya serán tuyas.

II

Ella accedió. Y lo hizo tan ilusionada que hizo dudar al pretendiente de lo que realmente había traducido su amigo. Abandonó al médico. Además, le robó varios libros en concepto de comisiones por ser tan odioso. Algunos eran de medicina y otros, novelas.

Durante la travesía, que comenzó a caballo para atravesar los Pirineos y llegar hasta Barcelona, desde donde cogrían una diligencia que los transportaría hasta Madrid, se dieron cuenta ambos amantes de que apenas podían hablar el uno con el otro. Pero, aun así, aquel viaje quedó en la memoria de ambos como la más mágica de las lunas de miel, sobre todo las noches que pasaron durmiendo al raso o en cualquier refugio de montaña que encontraran antes de llegar a la Ciudad Condal. Él, que se llamaba Toribio Velasco, no paraba de hablar porque pensaba que ese era su mayor atractivo. Con el tiempo fueron aprendiendo algunas palabras del idioma del otro, sobre todo ella, que era la que mejor se adaptaba.

Una noche repleta de estrellas, ya en territorio español, decidieron acampar cerca de un arroyo. A ambos les relajaba oír el fluir del agua. Acababan de hacer el amor, pero ya estaban vestidos de nuevo porque a ella le causaba mucha vergüenza la desnudez. A él le daba igual, pero se vestía por no incomodarla. Ahora, relajados, permanecían tumbados, mirando al cielo y comiendo trozos de queso roquefort que Marguerite había cogido de casa del médico.

—Está bueno —decía Toribio justo después de cortar un trozo con la navaja—. En mi pueblo también hacemos un queso espectacular...

Cortó otro trozo y se lo ofreció a ella. De repente, reparó en el firmamento.

—¡Madre mía, Marguerí! ¡Qué cantidad de estrellas! Pues te voy a decir una cosa: estas estrellas son bonitas, pero mucho más bonitas son las de mi pueblo, Constantina. Allí sí que hay buenas estrellas en el cielo... y buen queso.

Sonrió entonces mirándole a la cara y ella le devolvió la sonrisa al tiempo que recostaba su cabeza en la barriga de él.

—Al principio dormiremos donde podamos, pero la idea es juntar algo de dinero más bien pronto y comprarnos una casa por allí. Una grande, y...

Entonces, una voz extraña interrumpió con brusquedad a la pareja.

—¡Arriba los dos! Y las manitas, que se vean.

Se trataba de dos hombres muy borrachos y con aspecto de haber pasado una larga temporada sin haber dormido a cubierto. Incluso uno de ellos parecía estar muy enfermo, debido al tono verdoso de su piel. Este, además, llevaba una vieja espada sin filo, mientras que el otro los encañonaba con una pistola de chispa que tenía el mismo mal aspecto que ellos.

—¿Qué queréis? —dijo Toribio, tratando de no mostrarse sobresaltado.

—Todo —dijo el enfermo justo antes de empezar a toser. Entonces, siguió su compañero:

—Ya habéis oído. Nos llevamos el caballo con lo que tenga encima. Y ojito con intentar nada, porque a mí matar a uno que a dos me da igual.

Eso era verdad. No parecía que aquel individuo tuviera reparo moral alguno por quitarle la vida a alguien si eso le reportaba algún beneficio, aunque este fuera ridículo. El hombre solo borracho cogió del brazo al enfermo y

borracho, y lo ayudó a dirigirse al caballo sin dejar de encañonar a la pareja con la pistola, la cual no daba la impresión de que fuera a ser capaz de dispararse. Toribio y Marguerite se buscaron las miradas y, al instante, se activó entre ellos un torrente de comunicación no verbal que diría más o menos lo siguiente: *«No podemos permitir que se lleven el caballo y todo lo demás. Sería como condenarnos a muerte. No parece que estos dos desgraciados sean rivales imposibles. Somos más fuertes y rápidos que ellos; además, ni siquiera nos han quitado el cuchillo del queso. Uno que vaya a por el tuberculoso y otro a por el borracho. El que primero acabe, que ayude al otro»*.

Dicho y hecho. Unos segundos frenéticos después, Marguerite había derribado al enfermo embistiéndolo con el hombro y Toribio, tras forcejear con el otro, lo tenía inmovilizado sujetándole los brazos por la espalda. La pistola, como era de esperar, no había funcionado, haciendo la operación aún más sencilla.

—¡El cuchillo!

Le gritó Toribio a Marguerite, la cual, corriendo, se lo puso en la mano y este, con un rápido y eficaz movimiento, soltó uno de los brazos de su adversario y, sin darle tiempo a reaccionar, le rebanó la garganta de un tajo. La sangre le apestaba a alcohol. Entonces, tras tomarse un respiro y evaluar la situación para no ser sorprendidos por la espalda, la pareja se montó en el caballo y se fue de aquel lugar, abandonando al cadáver desangrado y al enfermo, el cual les suplicaba que lo llevaran con ellos.

—¡Eh! Yo acababa de conocer a ese tipo, de verdad. No era mi amigo, no lo había visto nunca. Dejadme ir con vosotros... No me abandonéis... Estoy enfermo... Por favor, no me dejéis aquí...

Decía con un hilo suplicante de voz que se acabó perdiendo en aquella noche luminosa.

Toribio mantuvo silencio al principio. Temía que ella no

reaccionara bien al hecho de haberle visto matar a un hombre. Sin embargo, Marguerite, intuyéndolo, se abrazó más fuerte a él y le susurró al oído:

—*Je t'aime.*

Ambos fueron conscientes de que aquella experiencia los había unido de una manera inquebrantable y, con aquella convicción, continuaron el viaje maravilloso que los llevó a la línea de salida de una nueva vida.

Hasta que, varias jornadas después, no arribaron a Constantina, agotados e ilusionados, Marguerite no se percató de nada. Hasta que no observó el modo en que Toribio saludaba a otros dos amigos y vio cómo se comportaba con ellos. Aunque no entendiera las palabras, la manera deshilachada de hablarse y el velo de cierta puerilidad que cubría sus miradas le hizo darse cuenta de que su marido era un delincuente. Después de meditarlo un poco, se dijo a sí misma que no le importaba demasiado, incluso lo prefería a otras ocupaciones. Pero le sorprendió el hecho de no haberse preguntado en ningún momento antes de qué iban a vivir. «Debes estar más alerta, Marguerite», se dijo.

III

El pequeño pueblo que era Constantina le pareció menos bonito de lo esperado, pero se veía viviendo ahí. Caía la primera noche para ellos en el pueblo, y Toribio la condujo hacia una cueva donde podrían pasar la noche. La dura piedra le pareció almohadones de plumas para sus fatigados músculos. Una vez acomodados, dijo:

—Marguerite, yo no sé si tú me entiendes, pero quiero decirte una cosa —titubeó Toribio.

—*Oui* —contestó ella, viendo que se trataba de algo importante.

—Verás... quiero que sepas que todo esto es... bueno, provisional. —Cuando decía «todo esto», abría las manos, refiriéndose a la cueva—. Ya está todo hablado. Tengo una cuadrilla de confianza y vamos a dar un par de buenos golpes. Tendré dinero. Te lo prometo. Y antes de lo que crees.

Ella tardó unos segundos en contestar para tratar de entender primero lo que había oído. Pidió que le repitiera algunas frases. Sabía lo que significaba la palabra dinero, y con eso y los gestos de su marido, dedujo de forma más o menos fiable la esencia de lo que él le decía. Ella intentó responder despacio y, utilizando de vez en cuando alguna palabra en español, dijo en francés:

—Sí, querido. Saldremos adelante. Tú consigues dinero. A mí no me importa cómo. Siempre estaré de tu lado. Solo debes saber que puedo vivir junto a un delincuente, pero yo nunca seré una.

Toribio no entendió nada, pero cuando ella le acarició la mejilla y le sonrió, sintió que le estaba dando el visto bueno al plan que había concebido para sacar adelante a aquella familia.

No es mi intención ponerme a contar aquí los pormenores que llevan a tres personas voluntariosas a pasar de asaltar viajeros que utilizan los caminos de Sierra Morena a acabar siendo líderes de una respetable organización criminal de bandoleros. Incluso con buenas relaciones institucionales con algunos gobernadores de los pueblos de la zona. Ya hay varios libros y películas que se ocupan de historias parecidas. Solo quiero señalar que esta empresa la alcanzó Toribio con la colaboración de dos amigos suyos de la infancia: el Churreras y Federico Rebollo. Los tres se enorgullecían de haber formado, de la nada, una de las más temibles bandas que operaban en aquellas montañas, contando con un grupo de entre quince y veinte salteadores a su servicio.

IV

Se compraron, Toribio y Marguerite, una casa con cerca de una hectárea de terreno, donde Marguerite levantó una granja, ni pequeña ni grande, que le permitía tener suficiente excedente como para bajar todas las semanas a venderlo al pueblo. La gente sabía de quién era la esposa, pero como la banda de Toribio no ejercía contra la población de Constantina y hasta la protegía de otras bandas, la trataban como a una vecina más. Respetaban a la francesa y nunca le sacaban el tema de los negocios de su marido, porque sabían que le incomodaba. La vida fluía de forma tranquila hasta que llegaron los partos. En el primero, el bebé no superó la primera hora de vida, y en el segundo, un año después, tampoco. Además, este último casi se lleva por delante la de la madre. El primer bebé iba a llamarse Toribio, y el segundo, Rafael. Después de aquello, Marguerite se volvió triste durante mucho tiempo. Toribio también, al principio, pero logró superarlo.

Una mañana, ella decidió que no iba a bajar al pueblo a colocar el excedente, aunque lo tuviera empaquetado. Toribio se quedó junto a su mujer en la casa, acompañándola en la tarea de observar cómo se pudrían las hortalizas. Se encontraba el hombre en la tesitura de sentirse con la responsabilidad de levantar el ánimo de su mujer, pero esta apenas se mostraba receptiva a las palabras. Pasaba las horas sentada en una silla de madera situada en la puerta de su casa, desde donde se veían las montañas, verdes y marrones. Toribio se acercó a ella:

—Mi amor —le dijo, poniéndole una mano sobre el hombro. Ella lo miró, tratando de esbozar una sonrisa de agradecimiento, pero no lo consiguió—. Mira, no sé qué decirte. Y ya sabes que a mí no es fácil dejarme sin habla... Por eso he pensado en darte esto. A lo mejor te ayuda. Me la ha dado Encarnación, la de la plaza, para ti —dijo mientras le extendía una Biblia con la otra mano. Era una edición humilde, ideada para consulta diaria. —Yo no soy mucho de leer, pero tú...

Marguerite cogió la Biblia y la depositó en su regazo. La miró durante un rato, pero sin llegar a abrirla.

—¿Una Biblia? —dijo ella con una nota de sarcasmo melancólico—. *Chéri*, sé que tu intención es buena, pero no creo que Dios tenga nada que ver con esto.

—Dios tiene que ver con todo.

—No lo creo... de verdad, no lo creo.

Entonces, ambos permanecieron en silencio, dejándose observar por el sol mientras se escondía tras la colina. De repente, Marguerite pareció reaccionar. Dio un respingo en su silla de tal manera que llamó la atención de Toribio.

—Mi amor, gracias. He caído en la cuenta de algo —dijo ante la estupefacción de Toribio—. Puede que la respuesta esté en un libro. —Se puso de pie con una decisión desaparecida en los últimos meses—. Pero no en este.

Y devolviéndole la Biblia a Toribio, por no tirarla al suelo, entró en la casa y se dirigió al cajón donde guardaba los libros que le robó al médico que abandonó en Francia. Algo debía poner en aquellas páginas tan científicas, tan llenas de razón y con tantos mapas del cuerpo humano. Se desanimó un poco cuando se dio cuenta de que le costaba mucho entender lo que ponía. Para alguien que no hubiera estudiado medicina, aquellos tratados eran inasumibles. Sacó en conclusión que existían unos bichos muy pequeños. Tanto que resultaban invisibles. Y que había algunos científicos ingleses o italianos que decían que esos bichillos podían

provocar enfermedades. Ninguno de esos intelectuales creía que fuera Dios quien manejaba la voluntad de aquellos *gusanos*, como los describía uno. Tres meses después volvió a quedar encinta, y esta vez Marguerite se juró a sí misma que aquel hijo iba a vivir.

—O vivimos los dos o ninguno —le decía a su marido, el cual intentaba no creer que hablase en serio, aunque le costaba.

Preparó lo mejor que pudo uno de los dormitorios. Tardó varios días en fregar el suelo y las paredes. Ni siquiera el techo se libró del fregoteo. Puso sábanas limpias en la cama, cerró la puerta y la única ventana, y selló con trapos las rendijas de ambas con la intención de impedir la entrada a los bichos invisibles. Una vez creyó tener esterilizada la estancia, prohibió a su marido entrar ahí bajo ningún concepto. Solo se abriría aquella puerta el día que diera a luz.

Y así sucedió. Una fresca madrugada, día de san Francisco de Asís, nació el bebé que llevaría el nombre del santo en honor a este. Tuvieron que esforzarse mucho las parteras, una joven y una vieja, ya que la criatura se negaba a salir. Pero tras nueve dolorosas horas de empujones, lágrimas, fluidos y gritos, Francisco Velasco Lefebvre pasó a formar parte de la nómina de habitantes del planeta Tierra. Toribio no llegaría a la casa hasta el día siguiente. Había salido hacía una hora, porque tenía noticias del paso de una diligencia cargada de gente rica que se dirigía a Sevilla.

Marguerite cogió al bebé, que no lloró, en sus brazos sin permitir que las mujeres lo lavaran, y en un instante el mundo se hizo tan pequeño que solo cabían ella y su hijo.

—Mi niño, mi cielo —dijo en francés—, tú vas a vivir. Tienes que hacerlo. Pero si no te ves con fuerzas, debes saber que yo me iré contigo. En cualquier caso, tu mamá jamás te va a abandonar.

Las parteras desayunaron en la casa. Marguerite y Toribio les habían dado permiso para hacerlo. Cuando salieron,

y mientras caminaban por el sendero que unía la villa con el pueblo, la más joven le dijo a la más vieja:

—Uf, Encarnita... Qué ganas tenía ya de salir de esa casa.

—Sí, hija, sí... —contestó la anciana con aire reflexivo.

—Ha sido un parto durísimo, ¿no crees?

—Sí que lo ha sido, sí...

—Y nosotras hemos hecho un gran trabajo.

—Eso es verdad, Engracia... Pero veremos a ver cómo sale esto.

—¿Por qué dices eso, Encarnita?

—Pues no estoy segura, y por eso no he dicho nada. Pero creo que el niño es idiota.

Después de aquello, ninguna de las dos volvió a abrir la boca hasta que llegaron al pueblo, donde los gallos empezaban a cantar.

CAPÍTULO 2



I

Durante casi un año, Marguerite no salió de la habitación en la que se autorrecluyó junto a su bebé. Tampoco dejaba entrar a nadie. Su marido efectuaba fugaces visitas para llevarse la ropa sucia, traer la comida o llevar una palangana con agua, pero ya está. Y solo después de que Marguerite se asegurase de que se había lavado a conciencia, incluso con jabón, cuando lo había. Tenía la determinación de no exponer al bebé a los peligros del mundo hasta que ella lo viera con fuerzas, y estas parecían tardar mucho en llegar. Estaba tan dispuesta a plantarle cara a los elementos, si estos pretendían arrebatárselo a su hijo, que hasta pagar por ello con su vida le resultaba un precio bastante asequible.

Toribio tuvo que aprender a cocinar, tanto para sí mismo como para su mujer, mientras Marguerite le daba instrucciones a través de la puerta cerrada para que no entraran los malditos microbios.

—Si quieres un heredero, tendrás que hacerme caso.

Le decía ella a él cada vez que lo veía protestar. Toribio echaba mucho de menos los secretos culinarios de Marguerite, que no eran otros que tener la comida en la mesa para cuando él llegara. En cualquier caso, no era la alimentación de su marido lo que preocupaba a Marguerite, sino la de su hijo. Comía muy poco y sufría de intensos ataques de gases. Además de una cruenta alternancia de diarreas con estreñimientos. Marguerite tenía los pechos doloridos e hinchados de más por la leche que no lograba vaciar el bebé. Y los

pezones hechos polvo, ya que eran retorcidos, estrujados y exprimidos sin misericordia alguna. A veces era ella la que se veía obligada a ordeñarse a sí misma ante la incapacidad del pequeño de vaciarle el pecho por sí solo. Varios meses de encierro y dolores estaban empezando a hacer mella en la paciencia santa de Marguerite, la cual, cuando veía llorar al niño, era como si le lloraran las tripas. Estuvo a punto de rendirse, pero no lo hizo. Sobre todo porque, cuando sus fuerzas estaban al límite de agotarse, Francisquito aprendió a sonreír. «¿Se ríe? Entonces, ¿no está sufriendo? ¿Es un niño feliz?», se decía. En aquellos días que también, tras mucho esfuerzo por parte de los dos, aprendió a mamar. Ahora sí, la complicidad comenzaba a florecer, como una explosión silenciosa, entre ambas personas.

Toribio había pasado la noche jugando a los dados con el Churreras y con Federico Rebollo. Era aquella una práctica habitual cada vez que la jornada se daba bien y sus bandoleros juntaban buenas sumas. Después de repartir las ganancias, los tres cabecillas se juntaban en una loma desde la que se visualizaba el río Huéznar, y allí bebían vino y apostaban. No era poco habitual que alguno de los tres perdiera todo lo que acababa de conseguir aquel día. Cuando entró a su casa, con la bolsa llena y con la intención de dormir la mona en el camastro que se había tenido que fabricar en la estancia principal de la vivienda, sus intenciones fueron desbaratadas por la voz de Marguerite a través de la puerta del dormitorio. No le sorprendió encontrar a su mujer despierta ya que era normal que pudiera estarlo a cualquier hora. El bebé aún no conocía horarios.

—*Chéri*, ¿ya estás ahí? —preguntó con cierto titubeo.

—Em... sí, mi amor... dime —contestó Toribio, tratando de dar a entender con el tono lo mal que le venía hacer cualquier cosa.

—¿Estás solo?

—Sí —dijo con extrañeza—. ¿Está bien el niño?

—Sí, sí...

—¿Entonces?

—Vamos a salir.

Hubo un silencio. Toribio había pensado en varias ocasiones que aquel momento llegaría tarde o temprano, y siempre se preguntaba si él debía tener algo preparado.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Pero ahora mismo?

—Claro, mi amor.

—Pero...

—¿No quieres coger a tu hijo?

A Toribio se le pasó la borrachera de manera repentina. Ni siquiera se había barajado aquella posibilidad. Le temblaron las piernas y utilizó toda su fuerza varonil en contener las lágrimas que empujaban en los ojos.

—Sí... sí... claro que quiero, o sea, si te parece bien.

Se abrió entonces la puerta del dormitorio y, como una aparición mariana, se mostró Marguerite con el bebé despierto en brazos. Daba también la impresión de que fuera ella la que acababa de nacer. Un parto doble surgido de aquella puerta que había separado dos universos durante demasiados meses. Toribio la observó sin atreverse a mover un músculo. Tanto la madre como el niño estaban limpios y bien vestidos. Entonces ella se acercó al hombre y, con mucho cuidado, le depositó a su hijo en los brazos, fuertes y cubiertos de unos rizados vellos negros tan duros que temía que pudieran pinchar la fina piel del bebé. No pesaba nada y tanto la cabeza como todos sus miembros se escurrían por entre los huecos que dejaba la inexperta postura de Toribio, que se afanaba apurado en recogerlos. Marguerite, sintiendo la intimidación que se había dibujado en el ambiente, acarició la mejilla de su marido y le dijo.

—Muchas gracias, *mon chérie*. Sé que debe haber sido muy duro para ti.

—Es precioso... —dijo él embelesado con el crío.

—¿Es lo más bonito que has visto nunca?

—Puedes jurarlo.

—Quédate con él. Tenéis muchas cosas de las que hablar. Yo voy a salir un momento a que me dé el aire. No imaginas cuánto lo he echado de menos.

Marguerite comprobó que las montañas estaban donde siempre, sin embargo, el mundo que ahora las observaba era otro. La intranquilidad de no saber qué sucedería a raíz de aquel momento la molestaba como una mosca testaruda. Ella ya se había dado cuenta de que Francisco no era un niño normal, pero decidió no decírselo a Toribio aún. «Mañana. Mejor mañana. Así habrá tenido más tiempo para quererlo y le costará más repudiarlo. Sí, mejor mañana», pensaba.

Mañana llegó. A Marguerite le hubiera gustado que hubiera tardado un poco más, que le hubiera concedido un poco más de tiempo. Pero al mañana eso le dio igual y se presentó a la misma hora de siempre.

Toribio no había salido de la casa en todo el día porque deseaba quedarse con su hijo y su mujer. Así se lo hizo saber al Churreras cuando se presentó en la casa para saber por qué no había acudido aquella mañana a *trabajar*. La había echado mucho de menos.

En aquel momento Toribio y Marguerite se encontraban sentados en un rústico banco de madera en la entrada de la casa. Dos caballos abrevaban a escasos metros, tranquilos. De vez en cuando, Toribio intentaba acunar a Francisco, pero este reclamaba a su madre a los pocos segundos de estar en sus brazos. Ya se iría acostumbrando, pensaba.

—*Cheri* —dijo ella con mucha pena por ser consciente de que se iba a acabar la calma.

—Dime.

—Estoy preocupada.

—¿Preocupada? ¿Por qué?

—Porque...

—A ver, ¿me lo dejas? —interrumpió Toribio. Ella le dio al niño, el cual no protestó.

—Tengo una mala noticia, y no sé cómo te la vas a tomar...

—Anda ya, mujer. Si me quieres dar un disgusto, este es el mejor momento. ¿No ves que no puedo estar de mejor humor?

—Se trata del niño. —Toribio se mostró extrañado. ¿Qué problema podía haber con aquella criatura?—. No te has dado cuenta, ¿no?

—¿De qué debería darme cuenta, Marguerite? —preguntó con impaciencia.

—Fíjate en sus ojos. La forma de los ojos, digo... Y no habla casi nada. Ni una palabra.

—Bueno, ya hablará...

—Y ni siquiera gatea.

—Mi amor, déjate de historias. Dime lo que estás pensando de una vez.

—*Chéri*, el niño no es normal.

Toribio recibió aquellas palabras con precaución. Sostuvo entonces al niño y lo levantó hasta ponérselo delante. Lo observó durante un rato largo y, en un momento dado, sus cejas se arquearon y sus ojos se abrieron al mismo tiempo que su entendimiento. Sin cariño, le devolvió el niño a Marguerite y se puso de pie, dándole la espalda a ambos.

—¡Uf! ¡Uf! —balbuceaba a nadie en concreto.

—*Chéri*, ¿cómo estás? Sé que es duro, pero...

—No lo sé, no lo sé... ¿Cómo ha podido pasar? ¿No has notado nada durante el embarazo?

—No, cariño... eso no se nota.

—Pero has comido bien, y te he tenido bien cuidada... Y bueno... no sé...

—No es culpa tuya, *chéri*.

Toribio entonces anduvo hacia los caballos. Acarició a uno marrón oscuro durante unos minutos, con la mirada